

Y de la muerta vírgen en el cuello
 Sus raíces así,
 Por el suelo truncada
 Por entre el césped húmedo yacía,
 Roto su tallo, pero no manchada.
 Tendió el conde sus manos
 A la prenda de su alina idolatrada,
 Y á la caída flor el penitente,
 Cuando esta de repente,
 Por invisible mano arrebatada,
 Se perdió en el azul del manso ambiente,
 Y la pura region del vago viento
 Armonizó una música divina
 Que venia del alto firmamento,
 Detras brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 Misteriosa armonía, llamó al cielo
 La atencion de Wifredo y de Guarino;
 Y al ver el cuadro mágico y divino
 Que les mostró su descorrido velo,
 Se borró de María en la garganta
 La señal de su herida;
 Y á ver la aparicion en luz radiante
 Que en medio de los aires suspendida,
 De su vista mortal está delante
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,
 De las estrellas fúlgidas vestida,
 De la luna calzada,
 Y de ángeles en hombros conducida,
 La Madre del Cordero inmaculada
 Sonreía á los tres, que arrodillados
 Y absortos contemplaban

La divina vision embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño,
 En sus manos, mas blancas que el armiño
 La azucena silvestre mantenía,
 Y con celeste acento
 Que empapó la montaña en armonía
 De son mas apacible, grato y lento
 Que el murmullo del bosque, el mar y el viento
 Con sonrisa hechicera
 Dijo, vuelta á los tres, de esta manera:
 "Donde no hay voluntad, tampoco crímen;
 "Tesa, pues, la virginal pureza
 "María conservó, y en la aspereza
 "De los montes, siete años penitentes
 "De otro castigo al matador redimen
 "En los juicios de Dios omnipotentes.
 "En medio de estas peñas se levante
 "Sombrió monasterio,
 "Que del Señor las maravillas cante:
 "Otra vez á arraigar esa azucena,
 "Vuelva en las rocas, de perfume llena,
 "Prenda y señal de celestial misterio:
 "Y cuando en el sepulcro preparado
 "Vuestro despojo corporal se suma,
 "Sobre el sepulcro de los tres cerrado,
 "La azucena silvestre se consuma."

Espiró de la Virgen el acento,
 Y cesando la célica armonía,
 La mística vision deshizo el viento,
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
 Cayeron bendiciendo su destino,
 El noble conde, la feliz doncella,
 Y el santo penitente Juan Guarino.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO EN COLABORACION

DE

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo
 Y mas acá de Celada,
 Yendo de Madrid á Burgos,
 Desde el camino se alcanza
 Una legua tierra adentro
 Cierta iglesia solitaria
 Sobre un cerro, y que parece
 Pobre ermita abandonada.
 Mas no es así: pues del cerro
 En la contrapuesta falda,
 Y entre otros muchos cerrillos
 Que el terreno desigualan,
 Hay tendido un pueblecito
 Que se esconde á las miradas,
 Mas cuyo fecundo seno
 Tesoros avaro guarda.
 Su nombre es harto poético,
 Aunque no está en ningun mapa
 Ni se lee en ninguna historia:
 Villaldemiro le llaman.
 Anchos arroyos le cruzan,
 Con cuyas parleras aguas
 Reverdecen las laderas
 Sus montañuelas enanas;
 Y á la salida del pueblo
 Entre la espesa enramada,
 De un bosquecillo de sauces
 Que en los arroyos se bañan,
 Y de algunos cientos de olmos
 Que sobre ellos se levantan,
 Yacen de un viejo palacio

Las enmohecidas tapias.
 Palacio fué: en los dinteles
 De sus roídas portadas
 Conserva, aunque ya borrados,
 Sus nobles escudos de armas:
 Y en los severos contornos
 De su destruida fábrica,
 Se ve la forma que Herrera
 A sus edificios daba.
 Las cuatro cuadradas torres
 Ya de sus ángulos faltan,
 Y tejas cubren los techos
 Que cubrieron las pizarras.
 Rotas maderas ocupan
 Los huecos de las ventanas,
 Que ocuparon algun día
 Bellas vidrieras pintadas.
 Tras ella cuelgan sus telas
 Las cazadoras arañas,
 Donde sin duda otro tiempo
 Ricos tapices colgaban.
 Hoy sirven los aposentos
 De graneros: sus labradas
 Techumbres son el asilo
 De las golondrinas: lavan
 Sus ropas en el estanque
 De su parque las zagalas;
 Y en las yerbas, que á las flores
 Que dió algun día reemplazan,
 Se apacentan las ovejas
 Y los pastores descansan.
 En vez de amantes endechas
 Cantadas al son de un arpa,
 Se oyen al de un camarillo
 Las campesinas tonadas.

Mas todavía el viajero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.
Y aunque de feudal grandeza
No escita memorias altas,
Ni bien del décimo-sétimo
Siglo la noble arrogancia
Casi recuerda, los ojos
Aun con placer lo repasan.
Aun del pintor y el poeta
En las pensadoras almas
Gratas ideas escita,
Que deleitan si no encantan.
Aun queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas,
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas;
Y aun puede dar este valle
Y este abandonado alcázar
Risueño paisaje á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo, pues, que aunque escaso en númer
Y pobre asaz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas,
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzára
Como yo me lo imagino,
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla
De la centuria pasada,
Del tiempo de don Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisaje
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas;
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la rama,
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadrada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretener un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo,
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galán la tardanza.

CAPITULO I.

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celajes
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertia en rayos oblicuos
La tibia luz de la tarde
Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pié el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no aprisa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del dia
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles,
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follage,
Le despedian con trinos
Y con gorgoros las aves.
El aura que mansamente
Oreaba sus ramages,
Mecía las verdes hojas
Con armonía agradable.
Del pastor que recogía
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su son ronco y salvaje;
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes;
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El son de los esquilonos
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde,
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol transparentándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona,
A este campestre paisaje
Dan armonía tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el fanal errante

De la luna, en su creciente
Fué poco á poco animándose.
Y el aun incompleto círculo
De su misteriosa imágen,
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa,
Y el aura purificándose,
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de Mayo empezándose,
Y la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro,
Y hácia el lugar acercándose.
A la puerta del palacio
Que sobre la senda cae,
Una mujer en silencio
Le contempla aprosimarse.
Bajó el viajero la cuesta,
Y el bruto, en lo llano hallándose,
Alzó relinchando el trote,
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque,
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta, y mirándose
Frente á la mujer, que en ella
Seguia inmóvil mirándole,
La dijo en tono cortés,
Ligeramente inclinándose:
“¿Podeis hacerme merced,
Buena mujer, de indicarme
Alguna casa, en que quieran
Por esta noche hospedarme?”
La mujer, que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz: “No será eso muy fácil,
Señor caballero: el pueblo
No tiene para hospedaje
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.”
—“Flor” dijo adentro una voz;
Y ella dijo: “Aquí estoy, padre.”
—¿Quién es? preguntó el de adentro.
—Un forastero.

—¿Qué trae?

—Mucha fatiga, y un poco
De plata, que acaso alcance
Para pagar de esta noche,
Si le encuentra, el hospedaje.”
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo, al de adentro
Dirigiéndose, y no en balde;
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle:
—“Caballero, pues por tal
Os da vuestro porte y trage;
Aquí no hay posada alguna
Do os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje,
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad: mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.”
—“Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa, y la aprecio
En todo cuanto ella vale.”
Y así diciendo el viajero,
De su caballo apeándose,
Entró en la casa; el anciano
Hácia las cuadras guiándole.
Mostróle un pesebre y henos
Con que poder establarle,
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro
Comenzó atento á ayudarle;
Mas no era el recién llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes,
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.
Agradeciésole el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
Del potro, que le era objeto
De minuciosos afanes,
Le echó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos
El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello,
Cariñosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo: “Cuando gustáreis.”
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero, de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo: el dueño

Dijo alto: "¡Quieto, Brillante!"
Y tomó la ancha escalera,
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Después que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas,
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian,
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta,
A través de cuyos quicios
Se veía luz; y abriéndola
Ante el mozo, "Entrad," le dijo
Haciéndole reverencia.—
Entró el viajero en la estancia,
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubría,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan, que aun humea.
Dos taburetes de roble,
Y un gran sillón de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pie al lado del sillón,
Que el viejo se siente espera.
Mas este hacía el caminante
La encanecida cabeza
Tornando, de aquella sila
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oración secreta,
Y á una voz de la muchacha,
Entró un jayán con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera,
Que juntos sus personajes
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientras ellos también se enteran
Unos de otros en silencio,
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aun no raya en los sesenta;
En su exterior todavía

Agil y sano se muestra:
Los años por él pasados,
Los años y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente,
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos,
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas,
Y sus muy graves maneras,
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.

Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta,
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.

El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta,
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos, que brillan
Bajo sus arqueadas cejas,
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,

En él fácilmente acusan
La osadía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo
Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.

La muchacha, que á su lado
Y frente al viejo se sienta,
Es una rosa de Abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos, que adornan
Largas pestañas espesas,
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:

La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello, en cuya piel suave
Y blanca, se trasparenta

El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestra
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea,
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personajes
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

EL VIEJO.

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO.

Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido, en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este,
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.

EL VIEJO.

Pesares ó fantasías
Veo ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena,
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enagena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina,
Que á lo que á una vuelta ensalza,
Lo derriba en otra vuelta:
Y hay ideas que los mozos
En su corazón engendran
Con pretension de montañas,
Y son granillos de arena.
Mirad, pues, atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo,
Tropeceis en rudas peñas.

EL FORASTERO.

Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la experiencia.
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
Escucha siempre y respeta

De la sabia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma, de pasión agena,
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.
Y porque, en fin, no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras,
Y me juzgareis por ella.

EL VIEJO.

Antes de que la empeceis,
Tomad, caballero, en cuenta,
Que yo no os lo he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conoceis apenas.

EL FORASTERO.

No olvidéis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra,
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza.—
Hacia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.

EL VIEJO.

No á fé: mas tal vez...

EL FORASTERO.

Señor:
Si los rastros que refleja
Vuestra alma en vuestro semblante,
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra.—
Hablaré, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos,
Por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO.

Yo os agradezco, buen jóven,
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.

Diciendo así, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aún
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiéndolo

Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta,
El licor de una botella,
Dijo: "Os escucho," y el otro
Empezó de esta manera:

EL FORASTERO.

Familia de ilustre sangre,
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas.
A Francia, que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y adonde gloriosamente
El rey Luis catorce impera,
Me enviaron á que cursase
Sus mas célebres escuelas,
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi cerebro
Escolásticas tareas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho,
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad,
Sangre ardiente y extranjera,
Do quiera en aquel país
Halla sazón de contienda.
Por fin, con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras,
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega.
Recibieronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia,
Me dió muchos envidiosos,
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viajes,
Y mi educacion francesa,
Y mis trajes á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos, sobre mí vertian
Dichas y venturas: y era
Del rey casi el favorito,
Y el mismo de la grandeza.
Mi padre, al ver mi fortuna,
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
De sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.

Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre régia,
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afares del porvenir,
Y con lo futuro sueñan,
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una mujer
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa,
Partir mi amor respetuoso,
Mi favor y mi opulencia,
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio trajera.
Vi, pues, que iba hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace,
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
Causa de alguna vergüenza.
Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la escelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas,
De la furia de mi padre,
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afán víctima necia,
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia,
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo tal vanidad,
Y la razon tal demencia.
Esta es mi historia, señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Mujer que doble mis rentas;
Soy noble, y poco me importa

Que mi mujer sea plebeya:
Mujer virtuosa quiero,
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Mujer quiero que, aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Mujer quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera,
Si tal no la hallo, la vida
Así en soledad perpétua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.

EL VIEJO.

Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas
A las que ahora en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien hayan los buenos años
Dedicados á las ciencias,
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.

EL FORASTERO.

Dejad, buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombras,
De abandonar mis hogares,
Aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO.

No os lo abonaré yo nunca,
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas.
Y al fin, mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aun la salvacion eterna.

EL FORASTERO.

Quédese aquí.

EL VIEJO.

Aquí se quede:
Mas para que no os parezca
Que correspondo mezquino
A la confianza vuestra,
Os diré en cuatro palabras
Mi historia.

EL FORASTERO.

Jamas hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;

Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.

EL VIEJO.

Os comprendo; habeis notado
Que hay en mí cierta estrañeza,
Que con mi sér de labriego
Casa mal y se despegas:
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica,
Vida de misterios llena;
Mas no: mi historia es sencilla,
Y de asombros tan ajena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.

Y aquí, cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en este
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

CAPITULO III.

INSOMNIO.

"Nací de hidalga familia,
Mas no de tan noble origen,
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos países
Donde me arrojó mi estrella,
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asíme,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba,
Con esfuerzos increíbles.
Recogiome una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirme
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice,
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.